

¡Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo!

“Nadie niega a Dios, sino aquel a quien le conviene que Dios no exista”
(San Agustín).

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre?” ¿Quién dicen que es? Ellos le respondieron: Unos dicen que es Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas (v.13-15). Cuando Jesús preguntó a sus discípulos acerca de lo que la gente decía de Él, ellos le facilitaron unas pocas respuestas. Todas esas respuestas indicaban que la gente veía a Jesús como un profeta, como uno que hablaba de parte de Dios, lo que no está del todo desorientado, pero no era preciso y cabal. Por eso es bueno mostrar lo que otros ocultan y conocer mejor su identidad.

Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es. Asimismo, nadie se da cuenta de que algunas personas gastan una energía tremenda simplemente para ser normales. A la velocidad de la luz, todos se fusionan con todos. La identidad privada desaparece. Porque al hacer el estudio de la identidad significamos que es el conjunto de características propias de una persona y la concepción que tiene de sí misma en relación al resto de personas. La identidad personal es individual, dinámica y abarca diferentes dimensiones de la persona.

El mundo en este instante se siente idéntico ya que ninguno tiene tiempo para diferenciarse, ni siquiera tiene tiempo para lograr. La identidad consiente por un lado la individualización o diferenciarse del resto de personas y por otro ofrece la posibilidad de pertenencia a un grupo o colectivo. Gabriel García Márquez, dice:

“

Los seres humanos no nacen para siempre el día que sus madres los alumbran: la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez, a modelarse, a transformarse, a interrogarse (a veces sin respuesta) a preguntarse para qué diablos han llegado a la tierra y qué deben hacer en ella”.

Hay que saber, ¿quién eres?, hace parte de su identidad, en otros ámbitos como el administrativo, la identidad es el conjunto de información y datos diferenciadores e individuales que sirven para identificar a una persona. La identidad de una persona se refleja en este sentido en información personal, números, fotos, huellas digitales y otros elementos que permiten identificar de manera oficial a alguien. Tu tiempo es limitado, de modo que no lo malgastes viviendo la vida de alguien distinto. La mayoría de las personas son otras: sus pensamientos, las opiniones de otros; su vida, una imitación; sus pasiones, una cita.

Con Pedro toda la Iglesia reconoce que Jesús es el Mesías e Hijo de Dios Vivo y queda invitada a seguirlo con todas las consecuencias inherentes a la cruz.

Expongamos este cuento de Anthony de Mello, sobre ¿Quién eres?:

¿Quién eres?

“Una mujer estaba agonizando en la sala de un hospital. De pronto, tuvo la sensación de que era llevada al cielo y presentada ante un Tribunal.

*¿Quién eres?, dijo una Voz.
Soy la mujer del alcalde, respondió ella.
Te he preguntado quién eres, no con quién estás casada.
Soy la madre de cuatro hijos.
Te he preguntado quién eres, no cuántos hijos tienes.
Soy una maestra.
Te he preguntado quién eres, no cuál es tu profesión.
Y así sucesivamente. Respondiera lo que respondiera,
no parecía poder dar una respuesta
satisfactoria a la pregunta ¿Quién eres?
Soy cristiana, respondió ella.
Te he preguntado quién eres, no cuál es tu religión.
Soy una persona que iba todos los días a la Iglesia
y ayudaba a los pobres y necesitados.
Te he preguntado quién eres, no lo que hacías.
Evidentemente, no consiguió pasar el examen,
y fue enviada de nuevo a la tierra.
Cuando se recuperó de su enfermedad,
tomó la determinación de averiguar quién realmente era
y su vida cobró otro sentido”.*

Cuánta sabiduría hay en estas palabras de Anthony de Mello: ¿Quién eres? es una pregunta bastante profunda y difícil de responder. Pero no es difícil porque no se pueda llegar a descubrir quién eres tú realmente, sino porque es difícil expresarlo con palabras. Lo que no es tan fácil es ponerle palabras. Lo que somos se encuentra más allá de las palabras.

Algunos de los aspectos esenciales que revelamos en la reflexión teológica hermenéutica sobre la identidad de Jesús: “¡Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo!” son los siguientes:

1. Confesión de Pedro
 - a. El camino de Jesús
 - b. Cristo, Señor de la vida

- c. El camino de nosotros
2. Mostrar lo que otros ocultan
3. Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo
4. Solo Jesús edifica la Iglesia
5. Lo que ates y desates

La explicación hermenéutica de la fe no suministra solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo. Así, la pregunta de Jesús: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”, en el fondo está impulsando a los discípulos a tomar una decisión personal en relación a Él.

1. Confesión de Pedro

En la región de Cesárea de Filipo, su nombre moderno es Banias, una pequeña villa en un lugar placentero a 900 pies sobre el nivel del mar, al pie del Monte Hermón y a 45 millas al suroeste de Damasco, capital de la villa. El paisaje es espléndido y el país es muy fértil debido a la abundancia de agua. Cerca de esta ciudad tuvo lugar la confesión de Pedro (Mt 16,13-20). Allí vivía la hemorroísa (Mt 9,29), según Eusebio ella erigió frente a su casa un monumento de bronce que representaba la sanación que obtuvo de Jesús; en este grupo Juliano el Apóstata substituyó la estatua de Cristo por la suya propia.

Escribamos el pasaje bíblico:

“

Al llegar a la región de Cesárea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: ¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es? Ellos le respondieron: Unos dicen que es Juan el Bautista; otros Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas. Y, ustedes, les

preguntó, ¿quién dicen que soy? Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús le dijo: Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y Yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo. Entonces ordenó severamente a sus discípulos que no dijeran a nadie que Él era el Mesías” (Mt 16,13-20).

El texto de Mateo donde estamos relatando la confesión de Pedro, “Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo” (v.16). Alcanza que alguna vez en la oración nos cuestionemos quién es Jesucristo para cada uno de nosotros, pero es aún más importante que eso descubrir quién soy yo para Jesucristo.

Describamos sencillamente las preguntas que nos haríamos al leer este pasaje bíblico de la confesión de Pedro:

- ¿A dónde llegó Jesús?
- ¿Qué les pregunta a sus discípulos?
- ¿Y para ustedes quién Soy?
- ¿Qué le contesta Pedro?
- ¿Qué le dijo Jesús a Pedro?
- ¿Qué les ordena a sus discípulos?

Con la reflexión teológica sabemos que esta confesión de Pedro es un don de Dios: “¡Dichoso tú, Simón, ¡hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los

cielos” (v.17). Tiene su origen en la iniciativa de Dios, que nos desvela su intimidad y nos invita a participar de su misma vida divina.

La fe y el seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Y, puesto que supone seguir al Maestro, la fe tiene que consolidarse y crecer, hacerse más profunda y madura, a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, la intimidad con Él. También Pedro y los demás apóstoles tuvieron que avanzar por este camino, hasta que el encuentro con el Señor resucitado le abrió los ojos a una fe plena.

La lectura bíblica se sitúa en un momento como foco de la vida de Jesús. Su ministerio, al comienzo, tuvo mucho éxito. Fueron muchos los que le siguieron. Pero, en esta ocasión, Jesús se retiró al norte de Palestina, en Cesárea de Filipo (40 kilómetros al norte del lago Tiberíades), solo con sus discípulos, para reconsiderar el fracaso de su tarea evangelizadora. Incluso en el diálogo con sus discípulos, Jesús pretende que éstos vean más claro que nadie su misión.

La región en que tiene lugar la escena se encuentra al noreste de Galilea de los paganos. Sin ser totalmente una tierra extranjera, la región participa mucho de esta condición. Si a esto se añade el contexto precedente que habla de la prevención contra la enseñanza específicamente religiosa judía, tendremos que concluir que Mateo está presentando y escribiendo en clave y perspectiva una nueva realidad religiosa.

Esta nueva realidad va a recibir en este texto el nombre de Iglesia de Jesús (v.18). Es la primera vez que el término Iglesia (ἐκκλησία, ecclesia) aparece en el Evangelio de Mateo para designar la comunidad de discípulos de Jesús, es decir, la comunidad de creyentes en Él.

Cristo mismo es la Buena Noticia que ha entrado en mi vida. Saber que tengo un Salvador da una perspectiva total-

No se emprende a ser cristiano por una decisión, actuación o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.

mente nueva a todo lo que hago, una orientación decisiva de cada acción, hacia un Dios que vive en mí.

En la lectura bíblica pareciera que lo clave es la pregunta que dirige en primera persona a sus seguidores: ¿Quién dicen ustedes que soy yo? Las respuestas son variadas. Para unos es Jeremías, para otros es Elías o Juan. Todos tienen en común que son hombres que hablan de las promesas de Dios.

Pedro toma la palabra y responde la pregunta con una clara y profunda profesión de fe: “Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo”. Jesús lo reconoce y alaba porque ha sabido captar la revelación de Dios. Con esta pregunta nos está interpelando, buscando en nosotros una respuesta renovada acerca de quién es Jesús para nosotros y la respuesta de Pedro siempre será un modelo de respuesta para cada uno de nosotros. Porque en nuestro caminar hay momentos en la vida en los que nos tenemos que hacer cargo que la adhesión, la respuesta, acerca de la identidad de Jesús y preguntarnos sinceramente quién es Él para nosotros y qué lugar ocupa en nuestra vida.

a. El camino de Jesús

El camino misterioso va hacia el interior. Es en nosotros, y no en otra parte, donde se halla la eternidad de los mundos, el pasado y el futuro. ¡La Iglesia de hoy no necesita cristianos a tiempo parcial, sino cristianos de una pieza! La vocación del cristiano es la santidad, en todo momento de la vida. En la primavera de la juventud, en la plenitud del verano de la edad madura, y después también en el otoño y en el invierno de la vejez, y, por último, en la hora de la muerte.

Jesús de Nazaret, también llamado Cristo, Jesucristo o simplemente Jesús, fue un predicador y líder religioso judío del siglo I. Es la figura central del cristianismo y una de las más influyentes de la historia.

Se sabe que Cristo es una traducción del término hebreo “Mesías”, que significa “ungido”, y que se emplea como título o epíteto de Je-

sús de Nazaret en el Nuevo Testamento. En el cristianismo, Cristo se utiliza como sinónimo de Jesús.

Para el catolicismo, Cristo es el Hijo de Dios hecho hombre para la salvación del género humano, y esa es la Buena Nueva: Dios ha enviado a su Hijo. Hijo de Dios hecho hombre: para la Iglesia católica esto significa que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, se hizo hombre en el seno de María.

La fe cristiana no consiste en aceptar un conjunto de verdades teóricas sino en aceptarle a Cristo, creerle a Cristo y descubrir en Él la última verdad desde la cual podemos iluminar nuestra vida, interpretar la historia del hombre y dar sentido último a esa búsqueda de liberación que mueve a toda la humanidad. El cristiano es, por tanto, un hombre que, en medio de las diferentes ideologías e interpretaciones de la vida, busca en Jesucristo el sentido último de la existencia.

La fe cristiana no consiste tampoco en observar unas leyes y prescripciones morales procedentes de la tradición judía, sino aceptar a Cristo como modelo de vida en el que podemos descubrir cuál es la tarea verdadera que debe realizar el hombre. El cristiano es, por tanto, un hombre que, frente a diversas actitudes y estilos de vivir y comportarse, acude a Cristo como criterio último de actuación ante el Padre y ante los hombres.

En un cristiano, Cristo es la verdad última de la vida, el criterio supremo de actuación y la única esperanza de salvación y liberación definitiva.

La fe cristiana no es tampoco poner nuestra esperanza en un conjunto de promesas de Dios más o menos generales, sino apoyar todo nuestro futuro en Jesucristo nuestro Salvador, muerto por los hombres, pero resucitado por Dios, el único del que podemos esperar una solución definitiva para el problema del hombre. El cristiano es, por tanto, un hombre que en medio de los fracasos y dificultades de la vida y frente a diferentes promesas de salvación, espera de Cristo resucitado la salvación definitiva del hombre.

Por eso, en cualquier época, los creyentes que deseen vivir fielmente su fe cristiana, tendrán que preguntarse una y otra vez: ¿Quién fue Jesús de Nazaret? ¿Quién es hoy Cristo para nosotros? ¿Qué podemos esperar de Él?

Agustín de Hipona, dice:

“ *Quien no ha tenido tribulaciones que soportar, es que no ha comenzado a ser cristiano de verdad”.*

Nuestra tarea consiste en animar a cristianos y no cristianos a realizar obras de amor. Y cada obra de amor, hecha de todo corazón, acerca a las personas a Dios. Porque el cristianismo como doctrina se basa en la vida y enseñanzas de Jesús de Nazaret, a quien se considera el Mesías, Salvador e Hijo de Dios Padre.

El Poeta y filósofo alemán, Friedrich Leopold von Hardenberg, expresaba:

“ *tengamos tan sólo paciencia, vendrá, tiene que venir, el tiempo sagrado de la paz perpetua, en que la nueva Jerusalén será la capital del mundo; y hasta entonces sean alegres y animosos en los peligros del tiempo, compañeros de mi fe, anuncien con la palabra y las obras el Evangelio divino y permanezcan fieles a la fe verdadera e infinita hasta la muerte”.*

El cristianismo tiene como libro sagrado la Biblia, compuesta por el Antiguo Testamento, que reúne los libros de la tradición religiosa judía, y el Nuevo Testamento, que contiene la vida y enseñanzas de Jesús, los hechos de los apóstoles y las cartas pastorales de los primeros cristianos. Las enseñanzas del Nuevo Testamento son casi exclusivas de la religión cristiana.

El cristianismo podría ser bueno, si alguien intentara practicarlo. El cristianismo ha hecho mucho por el amor convirtiéndolo en pecado. Cuando el cristianismo se convierte en instrumento del nacionalismo, queda herido en su corazón y se convierte en estéril. La cristiandad tiene que hacerse de nuevo viva y eficaz, y formarse otra vez una Iglesia visible sin respetar las fronteras nacionales, que acoja en su seno a todas las almas sedientas de lo supraterráneo y se haga gustosa mediadora entre el viejo y el nuevo mundo.

b. Cristo, Señor de la vida

Cuando dejas de soñar, dejas de vivir. La vida es una aventura atrevida o no es nada. A veces la vida no es cuestión de aptitud, sino de actitud. Por medio de Jesucristo podemos volver a nacer. Podemos cambiar; podemos cambiar completamente y podemos mantener ese cambio en nuestra vida. Jesús de Nazaret apareció en el pueblo judío como un personaje con rasgos propios de profeta, que, después de la muerte de Juan el Bautista, causó un fuerte impacto en la sociedad judía.

La originalidad de su mensaje y de su actuación despertó la expectación política y las esperanzas religiosas dentro de su pueblo. Sin embargo, muy pronto se convirtió en motivo de discusiones apasionadas, fue rechazado por los sectores más influyentes de la sociedad judía y terminó su vida muy joven, ejecutado por las autoridades romanas que ocupaban el país.

Jesús de Nazaret, terminado en el fracaso total ante su pueblo, los dirigentes religiosos e incluso, ante sus seguidores más cercanos, parecía estar destinado al olvido inmediato. Sin embargo, no fue así. A los pocos días de su muerte, el círculo de sus desalentados seguidores vivió una experiencia única: aquel Jesús, crucificado por los hombres, ha sido resucitado por ese Dios al que Jesús invocaba con toda su confianza como Padre.

A la luz de la resurrección, estos hombres volvieron a recordar la actuación y el mensaje de Jesús, reflexionaron sobre su vida y su muerte, y trataron de ahondar cada vez más en la personalidad de este hombre sorprendentemente resucitado por Dios.

Recogieron su palabra no como el recuerdo de un difunto que ya pasó, sino como un mensaje liberador confirmado por el mismo Dios y pronunciado ahora por alguien que vive en medio de los suyos. Reflexionaron sobre su actuación, no para escribir una biografía destinada a satisfacer la curiosidad de las gentes sobre un gran personaje judío, sino para descubrir todo el misterio encerrado en este hombre liberado de la muerte por Dios.

Empleando lenguajes diversos y conceptos procedentes de ambientes culturales diferentes, fueron expresando toda su fe en Jesús de Nazaret. En las comunidades de origen judío reconocieron en Jesús al Mesías (el Cristo), tan esperado por el pueblo, pero en un sentido nuevo que rebasara todas las esperanzas de Israel.

Reinterpretaron su vida y su muerte desde las promesas mesiánicas que alentaban la historia de Israel. Y fueron expresando su fe en Jesús como Cristo atribuyéndole títulos de sabor judío (Hijo de David, Hijo de Dios, Siervo de Yahveh, Sumo Sacerdote).

En las comunidades de cultura griega, naturalmente, se expresaron de manera diferente. Vieron en Jesús al único Señor de la vida y de la muerte, reconocieron en Él al único Salvador posible para el hombre y le atribuyeron títulos de sabor griego (Imagen del Dios invisible, Primogénito de toda la creación, Cabeza de todo).

De maneras diferentes, todos proclamaban una misma fe: en este hombre Dios nos ha hablado. No se le puede considerar como a un profeta más, portavoz de algún mensaje de Dios. Este es la misma Palabra de Dios hecha carne (Jn 1,14). En este hombre Dios ha queri-

Este hombre no es uno más. En Jesús, Dios se ha hecho hombre para nuestra salvación.

do compartir nuestra vida, vivir nuestros problemas, experimentar nuestra muerte y abrir una salida a la humanidad.

c. El camino de nosotros

Charles Reade, decía:

“ *siembra un acto y cosecharás un hábito. Siembra un hábito y cosecharás un carácter. Siembra un carácter y cosecharás un destino”.*

El destino no reina sin la complicidad secreta del instinto y de la voluntad. No mires nunca de dónde vienes, sino a dónde vas.

El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos. ¡Actúa en vez de suplicar! ¡Sacrificate sin esperanza de gloria ni recompensa! Si quieres conocer los milagros, hazlos tú antes. Sólo así podrá cumplirse tu peculiar destino.

El salmo 125 “Dios, alegría y esperanza nuestra”, describe que el destino mezcla las cartas, y nosotros las jugamos y que a menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para evitarlo”:

*“Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía soñar:
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares.
Hasta los gentiles decían:
El Señor ha estado grande con ellos.
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres.
Que el Señor cambie nuestra suerte
como los torrentes del Negueb.
Los que sembraban con lágrimas*

*cosechan entre cantares.
Al ir, iban llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelven cantando,
trayendo sus gavillas”.*

A veces nuestro destino semeja un árbol frutal en invierno. ¿Quién pensaría que esas ramas reverdecerán y florecerán? Mas esperamos que así sea, y sabemos que así será. Siempre se ha creído que existe algo que se llama destino, pero siempre se ha creído también que hay otra cosa que se llama albedrío.

El ejemplo está con la primera comunidad que fue descubriendo el misterio encerrado en Jesús a partir de una doble experiencia: el contacto con Jesús durante su vida y su exaltación después de la ejecución en la cruz. Si queremos nosotros seguir los pasos de esta comunidad, debemos soslayar dos errores, es preciso correr riesgos, seguir ciertos caminos y abandonar otros. Ninguna persona elige sin miedo:

1. El partir únicamente de su resurrección, olvidando totalmente quién fue Jesús de Nazaret, cómo actuó, qué postura adoptó ante la vida. En este caso, podríamos llegar a afirmaciones muy solemnes sobre Jesús y llamarlo Señor, Mesías, Salvador, Hijo de Dios, pero desconoceríamos su personalidad concreta y no podríamos aprender de Él cómo debemos enfrentarnos a la vida para alcanzar un día la resurrección.

Para llegar a Dios, Cristo es el camino; pero Cristo está en la Cruz, y para subir a la Cruz hay que tener el corazón libre, desprendido de las cosas de la tierra. Nadie puede tocar la Cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida.

2. El partir únicamente de su historia terrestre olvidando la resurrección que da sentido a toda su vida y su muerte. En este caso,

nos informaríamos de la vida de un gran hombre, llamado Jesús, pero nunca llegaríamos a descubrir su verdadera originalidad como liberador definitivo de este hombre que termina siempre fatalmente en la muerte.

En la cruz esta la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo. Por eso, recorreremos el siguiente camino:

- Trataremos de recoger algunos aspectos fundamentales de Jesús de Nazaret que nos ayuden a revivir de alguna manera la imagen de aquel hombre que tanto impresionó a sus contemporáneos.
- Trataremos de penetrar en la experiencia pascual de los primeros cristianos para comprender mejor qué es creer en Cristo resucitado.

Trataremos de conocer mejor la fe de los cristianos que se atreven a afirmar algo tan original como escandaloso: en Jesús de Nazaret Dios se ha hecho hombre por nuestra salvación. La Cruz nunca aplasta. Si su peso te hace tambalear, su potencia te endereza. Subamos al Calvario llevando nuestra cruz, con la convicción que este camino abrupto nos conduce a la visión de nuestro dulcísimo Salvador. La cruz permanece firme, mientras el mundo da vueltas.

2. Mostrar lo que otros ocultan

¿Cuál es la imagen que asumimos de Jesús? ¿Es la imagen que nos presenta la Palabra de Dios o es la imagen que a nosotros nos acomoda?

“

Jesús dijo a sus discípulos: Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; toquen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que toca se le abre. ¿Hay acaso entre ustedes alguno

que le dé una piedra a su hijo, si éste le pide pan? Y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Si ustedes, a pesar de ser malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, con cuánta mayor razón el Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quienes se las pidan. Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes. En esto se resumen la ley y los profetas” (Mt 7,7-12).

Cuánta sabiduría hay en estas palabras. Es verdad que en cuanto a bondad y pureza de corazón nosotros, seres humanos, no tenemos mucho de qué vanagloriarnos. Pero Jesús sabe que, en lo que se refiere a los niños, somos capaces de una generosidad infinita. Por eso nos alienta: si tenemos fe, el Padre nos dará su Espíritu.

Nuestra experiencia como creyentes nos convence de que Él es un Padre y que nos ama con un amor ilimitado, hecho visible por la persona de Cristo. Su presencia entre nosotros, su pasión, su muerte y su resurrección, han hecho clara la misericordia divina para nosotros. Es a partir de estos principios que extraemos los motivos de nuestra confianza y oración por el buen Dios. Estamos seguros de que nos escucha y cuida de cada uno de nosotros con el amor del Padre.

Jesús viene a confirmarnos en esta fe nuestra:

“ ***pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y todo el que busca encuentra, y todo el que llama se le abrirá”.***

Jesús tiene una confianza ilimitada en que el Padre quiere darnos todo lo bueno. Por eso nos exhorta a pedir con esa misma confianza. Como los niños pequeños, que todo lo esperan de sus padres. Si creáramos una encuesta acerca de lo que hoy se dice de Jesús nos

encontraríamos muchas más respuestas que en aquel tiempo, algunas de las cuales, del todo desenfocadas. Atenderíamos opiniones tales como que Jesús es un maestro de moral; Jesús es el defensor de los pobres; Jesús es el operador de milagros; Jesús es una imagen objeto de devoción; Jesús es reformador de la sociedad; Jesús es el Salvador. Se podrían multiplicar las identidades que se le atribuyen a Jesús.

Jesús esboza visiblemente la cuestión de su identidad, muestra a los discípulos su destino y los invita a un seguimiento radical.

La fidelidad de Dios es eterna y ha mantenido su promesa y su alianza de generación en generación, libremente de las infidelidades, rebeldías, traiciones e idolatrías de su pueblo.

La historia del pueblo de Israel es este concatenarse de la fidelidad de Dios y de la infidelidad de su pueblo. La alianza encuentra su pleno cumplimiento en Cristo y en la fundación de su Iglesia. Cristo sella el inicio de la nueva alianza al fundar su Iglesia sobre los Apóstoles, con Pedro como fundamento visible en la tierra: el Papa. Y ratifica esta “alianza nueva y eterna” en el momento de la institución de la Eucaristía, memorial de su pasión redentora, pacto sellado en su Sangre preciosa para la remisión de todos los pecados.

La respuesta inspirada de Pedro -esto no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en los cielos- es el conocimiento interior prometido por Dios para aquellos con quienes establece la nueva alianza: todos me conocerán. Su Iglesia es el nuevo pueblo, con un mandamiento nuevo, con una doctrina nueva, llamada a crear hombres nuevos bajo la guía del Vicario de Cristo, el sucesor de Pedro.

¿A qué Mesías seguimos hoy los cristianos? ¿Nos dedicamos a hacer las obras que hacía Jesús? Y si no las hacemos, ¿qué estamos haciendo en medio del mundo? ¿Qué está viendo y oyendo la gente en la

Iglesia de Jesús? ¿Qué ve en nuestras vidas? ¿Qué escucha en nuestras palabras?

Al revelar nuestra identidad en Dios es saber quiénes somos con respecto a Él y por supuesto conocerlo. La naturaleza de Dios, su esencia, es el amor y con amor nos creó para propósitos específicos. Al entender nuestra identidad en Dios estaremos capacitados de defenderla y mostrársela a los demás.

El punto clave sobre la identidad está en descubrir quién eres y cómo te proyectas o presentas al mundo.

En la Biblia hay unas escenas que no se muestran y no se conocen, por ejemplo: cuenta la historia de cuatro jóvenes en el libro de Daniel que fueron arrancados de sus raíces, pero, que el simple hecho de ellos saber quiénes eran en y para Dios, fue determinante en su vida espiritual y su éxito en tierras lejanas. A pesar de que estos jóvenes estaban en un lugar con creencias, cultura e idioma completamente diferentes a lo que ellos conocían, y aun estando en el palacio del máximo representante de esa nación, no influyó en ellos para hacerlos cambiar, sino que ellos mantuvieron y defendieron quiénes eran (su identidad) y el Dios en quien habían creído.

Una vez entendamos el valor para Dios y el amor con que nos creó, te protege, provee y en general cuida de ti, entenderás quién eres para Dios. Ahora bien, debes poner empeño en conocer a Dios y el propósito para el cual fuiste creado.

Descubre tu Identidad en Dios, no en tu hábitat. Cuando comprendas quién eres desde una perspectiva espiritual y respecto a Dios, debes ser coherente en cuanto a modelar los valores que caracterizan el ser hijo de Dios y defenderlos no importa el ambiente en el que estés (así como Daniel y sus amigos) y no comprometer quién eres por complacer a los demás.

El trabajo de querer complacer a otros es una carga muy pesada de llevar; siempre habrá presiones en el hábitat, pero es difícil que alguien que reconoce quién es, se deje llevar.

Alguien que sabe
quién es, no cede a las
provocaciones de los
demás, no se deja arrastrar
y no deja de ser quien es
para complacer a otros.

No importa qué tanto te critiquen por quién eres, eres de Dios y eso tiene más peso que cualquier crítica. Saber esto te da seguridad y poder sobre lo que otros dicen. Es imposible controlar lo que otros piensan de ti, lo que puedes controlar es la forma en que te puede afectar.

Dios te creó con características específicas y especiales; con una personalidad única como una huella dactilar. Esa personalidad es lo que hace que tus relaciones sean genuinas y especiales. Las personas saben cuándo alguien no es real o se presenta diferente a como es y si no lo descubren de inmediato en algún momento lo sabrán.

Todos hemos realizado acciones contrarias al carácter y persona de Dios, esas cosas son las que debemos cambiar, las que no agradan a Dios. Por lo demás, Disfruta quién eres, muestra tu personalidad y brilla con esa luz hermosa que te ha dado Dios.

3. ¡Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo!

Este pasaje tiene dos núcleos. El primero es el atrevido anuncio de Pedro de que Jesús es “Tú eres el Mesías, el hijo del Dios vivo” (v.16). El segundo es la bendición y legitimación de Pedro. El pasaje nos pone en presencia de una doble identificación: por una parte, Jesús pregunta cómo le identifica la gente; por otra, Pedro es identificado por Jesús tras la confesión de fe de él. Además, si tenemos en cuenta el género literario de este pasaje típicamente semítico, resulta evidente que es Jesús quien dio a Simón el nombre de Pedro, con todo el simbolismo que dicho nombre comporta.

Jesús nos sigue planteando siempre la misma pregunta que planteó a sus discípulos: Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? Y el gran reto que tenemos es que Jesús apruebe nuestra respuesta como aprobó la de Pedro:

“

Dichoso tú, Simón, porque esto no te lo ha revelado ningún hombre, ¡sino mi Padre, que está en los cielos!”
(v.17).

Esta contestación de Jesús indica que la declaración de Pedro sobre Jesús no fue fruto meramente del trato que Él había tenido con él, sino de una experiencia de fe. Pedro se había encontrado con Jesús en un plano superior al mero trato de amistad. Pedro descubrió y declaró que Jesús no solo era un hombre que decía y hacía cosas buenas, sino que era una persona en la que él había encontrado al mismo Dios y en la que él podía poner su confianza y su fe.

¿Nos hemos encontrado nosotros con Jesús? ¿Hemos experimentado el amor de Dios por nosotros en el trato con Jesús? ¿Se ha transformado nuestra propia vida en el encuentro con Jesús? Estas preguntas son importantes, porque la nueva evangelización, a la que estamos convocados, dice que el inicio de nuestra identidad como discípulos misioneros de Jesús es precisamente nuestro encuentro con Él, que de tal forma transforme nuestra vida, que nos permita descubrir nuestra más auténtica identidad personal y nuestra vocación y misión.

Pero, ¿dónde y cómo nos vamos a encontrar hoy con Jesús? ¿Quién facilitará nuestro encuentro con Él? Y si ya lo conocemos, ¿cómo fortalecemos su amistad?

El encuentro con Jesús auténtico será posible en primer lugar como encuentro de fe, en la Iglesia. Conocer a Jesús en su identidad verdadera como el Mesías, el hijo de Dios, no es posible desde una aproxima-

mación superficial, exterior, objetiva, sino como un encuentro de fe que transforma a la propia persona. Se facilita a través de la lectura de la Palabra de Dios, especialmente de los evangelios. Pero el encuentro con Jesús no significa conocer el texto de los evangelios o incluso sabérselo de memoria, sino abrirse en actitud de oración a la persona de la que esos textos hablan.

Un encuentro con Jesús se realiza a través de los sacramentos de la Iglesia, pero el encuentro con Jesús no significa realizar los ritos de manera digna y según las normas, sino dejarse tocar y transformar por Jesucristo que nos sale al encuentro con el amor y la misericordia de Dios en el signo sacramental.

El encuentro con Jesús es posible a través del servicio al prójimo, pero no consiste en dar cosas a los necesitados, sino en acogerlos y compadecerse de sus sufrimientos y dolores. Cuando eso ocurra, entonces conoceremos a Jesús no con un conocimiento humano, sino como gracia de parte del Padre que está en los cielos.

Simón Pedro escuchó a continuación que Jesús le otorgaba una nueva identidad y misión. Yo te digo a ti que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. A nosotros Jesús nos otorgará la identidad de discípulos misioneros suyos para construir la Iglesia por medio de nuestra fe, de nuestro testimonio y nuestra caridad.

Seremos misioneros que de este modo constru-
y en la Iglesia como la comunidad de los discípulos
de Jesús que vivimos unidos por un mismo Espí-
ritu. Si Pedro es piedra fundamental de la Iglesia,
nosotros somos las piedras vivas que edifican la
Iglesia sobre el cimiento de Pedro y los apóstoles.

Tendremos
la misión de
conducir a otros
hacia Jesús.

Ésta es la fuerza transformadora del Evangelio. Así se despliega la gracia de Dios que renueva y da vida. De este modo descubriremos también el sentido y misión de nuestra propia vida, cuando nos com-

prendamos a nosotros mismos a la luz del amor que Dios nos tiene y vivamos como hijos suyos que tenemos puestas en Él nuestra mirada.

Este gran don, este gran regalo de Dios, nos motiva a unir nuestra voz a la de san Pablo, que alaba la sabiduría y la ciencia de Dios. En efecto, todo proviene de Dios, todo ha sido hecho por Él y todo está orientado hacia Él. A Él la gloria por los siglos de los siglos.

4. Solo Jesús edifica la Iglesia

Agustín de Hipona, dice:

“

Amad a esta Iglesia, permaneced en esta Iglesia, sed vosotros esta Iglesia”.

La Iglesia es la caricia del amor de Dios al mundo.

El episodio que venimos asimilando tiene lugar en la región pagana de Cesárea de Filipo. Jesús se interesa por saber qué se dice entre la gente sobre su persona. Después de conocer las diversas opiniones que hay en el pueblo, se dirige directamente a sus discípulos: “Y, ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”. Jesús no les pregunta qué es lo que piensan sobre el sermón de la montaña o sobre su actuación curadora en los pueblos de Galilea. Para seguir a Jesús, lo decisivo es la adhesión a su persona. Por eso, quiere saber qué es lo que captan en Él.

Simón toma la palabra en nombre de todos y responde de manera solemne: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Jesús no es un profeta más entre otros. Es el último Enviado de Dios a su pueblo elegido. Más aún, es el Hijo del Dios vivo. Entonces Jesús, después de felicitarle porque esta confesión sólo puede provenir del Padre, le dice: “Ahora yo te digo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”.

Las palabras son muy precisas. La Iglesia no es de Pedro sino de Jesús. Quien edifica la Iglesia no es Pedro, sino Jesús. Pedro es sencillamente la piedra sobre la cual se asienta la casa que está construyendo Jesús. La imagen sugiere que la tarea de Pedro es dar estabilidad y consistencia a la Iglesia: cuidar que Jesús la pueda construir, sin que sus seguidores introduzcan desviaciones o reduccionismos.

El Papa Francisco sabe muy bien que su tarea no es “hacer las veces de Cristo”, sino cuidar que los cristianos de hoy se encuentren con Cristo. Esta es su mayor preocupación. Ya desde el comienzo de su servicio de sucesor de Pedro decía así: “La Iglesia ha de llevar a Jesús. Este es el centro de la Iglesia. Si alguna vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, sería una Iglesia muerta”. “La Iglesia no es una simple institución humana, como otra cualquiera, sino que está estrechamente unida a Dios, no se puede separar a Cristo de la Iglesia”, dice el Papa Benedicto XVI.

Siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino Suya y no la dejará hundirse. Por eso, al hacer público su programa de una nueva etapa evangelizadora, Papa Francisco presenta dos grandes objetivos:

- En primer lugar, encontrarnos con Jesús, ya que, Él puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestras comunidades. Jesucristo puede también romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo.
- En segundo lugar, considera decisivo volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, por tanto, siempre que lo intentamos, brotan nuevos caminos, métodos creativos, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual.

Asimismo, sería espantoso que la invitación del Papa a impulsar la renovación de la Iglesia no llegara hasta los cristianos de nuestras comunidades. Amar a la Iglesia significa también tener la valentía de

tomar decisiones difíciles, teniendo siempre presente el bien de la Iglesia y no el de uno.

La gente no va a la iglesia en busca de sermones sino a soñar con Dios.

El pasaje de Mateo nos muestra la confesión de Pedro. El relato narra cómo este Apóstol reconoció la identidad fundamental de Jesús. Mientras la gente identifica a Jesús de manera aproximada y periférica, Pedro reconoció la verdadera identidad de Jesús, como el Mesías, el Hijo de Dios. A su vez, Jesús otorgó a Simón un nuevo nombre y con ello, una nueva misión y en cierto modo también una nueva identidad.

Simón Pedro, conocido también como san Pedro, Cefas o simplemente Pedro, fue, de acuerdo con múltiples pasajes neotestamentarios, uno de los discípulos más destacados de Jesús de Nazaret. Su nombre de nacimiento era Simón bar-Jona y era pescador de oficio en el mar de Galilea.

Pedro es el quicio de la Iglesia de Jesús, porque la fe en Cristo es la fuerza que sostiene la Iglesia.

Pedro es quien recibe la misión directamente de Jesucristo de llevar adelante la Iglesia. Pedro no lo buscó, no lo pidió. Cristo se lo entregó personalmente.

La identidad de Jesús sigue tan real como cuando se escribió el Evangelio. Jesús es quién es y su identidad no depende de que la reconozcamos o no. Pero el modo como nosotros percibimos, reconocemos y acogemos a Jesús sí condiciona nuestra relación con Él y lo que esperamos y recibimos de Él.

Al preguntarnos ¿Cómo se conoce a Cristo? Ciertamente, Él es mucho más de lo que puede aparecer en un libro o de lo que los rumores digan por ahí. ¡Mucho más! Hay en Él una riqueza que apenas puedo imaginar. Conocerlo realmente es en el fondo un don del Padre, algo que llega hasta el fondo del alma y que ilumina toda mi realidad. El conocer a Cristo no es un fenómeno repentino, de la noche a la mañana. Así como en las madrugadas va saliendo el sol, poco a poco la

luz y el calor lo inundan todo, pero todavía queda algo de oscuridad, algo así pasa con descubrir a Cristo.

Pedro tenía ya una idea de Jesús, pero poco después de su profesión de fe veo que no ha captado el mensaje completo. Su vida no estaba del todo conformada con el Señor. Y de igual modo mi vida cristiana es más bien un camino donde ya está amaneciendo, pero aún tengo que seguir avanzando en el conocimiento de Cristo. La plenitud llegará en el cielo, y aquí en la tierra tengo la esperanza de crecer cada día un poquito más.

5. Lo que ates y desates

El Evangelio nos muestra que la autoridad de Pedro es tal, pues viene sustentada por Dios. La autoridad eclesial es en razón por la ayuda divina al servicio de la comunidad: “Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo” (Mt 16,19). Pedro es quien recibe la misión directamente de Jesucristo de llevar adelante la Iglesia. Pedro no lo buscó, no lo pidió. Cristo se lo entregó personalmente. Y queda claramente definido que lo que él, Pedro, lo que ates o desates, quedará atado o desatado en el cielo.

Con estas palabras conseguimos concebir el significado del servicio de Autoridad del Papa. Asimismo, es un presentimiento del sacramento de la reconciliación.

Lo que ates y desates se cumple en el momento de exponer ante el sacerdote mis pecados.

Es la Iglesia la encargada de este perdón, otorgado por Cristo a Pedro. ¡Cómo no aprovechar este gran don que reconforta el alma, acrecienta la gracia (la amistad íntima con Dios), nos ayuda a ser perfectos en nuestra vida cristiana, sobre todo para no caminar remotamente, para abrir nuestro corazón al conocimiento de Dios! ¿Confiamos ple-

namente en estas palabras de Cristo? ¿O ya nos suenan como algo lejano e incomprensible?

Cristo no dice: “sobre estas piedras edificaré mi Iglesia o mis Iglesias”. Indica que Pedro es la piedra sobre la cual deja edificada su Iglesia. Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, 424:

“

Movidos por la gracia del Espíritu Santo y atraídos por el Padre nosotros creemos y confesamos a propósito de Jesús: ‘Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo’ (Mt 16,16). Sobre la roca de esta fe, confesada por san Pedro, Cristo ha construido su Iglesia”.

Pedro es el garante, el guardián de las llaves. Esta es una clara invitación a renovar nuestro amor incondicional al Santo Padre, representante (vicario) de Cristo en la tierra. Es el puente (pontífice) que nos lleva a Dios a través de sus enseñanzas y gracias a Dios, también con el ejemplo de su vida.

El Papa es el obispo de Roma y, como tal, recibe la consideración de cabeza visible de la Iglesia católica y cabeza del Colegio Episcopal, además del título de soberano en el Estado de la Ciudad del Vaticano. El cargo de Papa es de tipo electivo, a través de un cónclave.

Ciertamente, ser fiel supone tomar en serio y tratar de vivir el estilo de vida que Jesús vivió, pero la fe cristiana no se puede reducir a un compromiso ético y a un estilo de vida, sino que es algo más. La forma de vida cristiana nace de la relación de fe con Él y se define como seguimiento de Jesús. Es el fruto que nace de la relación con Él.

Difícil dejar caer en el olvido las enseñanzas y el maravilloso ejemplo de san Juan Pablo II, de Benedicto XVI, y hoy en día del Papa Francisco. Gran certeza gozamos al tener un guía asistido por el Espíritu Santo para llevar adelante a la Iglesia.

Sabemos que en el Papa los católicos asumimos un punto firme y seguro de nuestra fe porque Jesucristo quiso edificar su Iglesia sobre Pedro y sus sucesores. En sus enseñanzas y en su Magisterio Pontificio hallamos una roca incommovible de frente a los oleajes de confusión doctrinal que hoy en día se arremolinan por doquier, sobre todo en todas esas sectas que quieren asolar, engañar y mentir a los fieles católicos.

En el Papa, en los Obispos y en los sacerdotes fieles, es decir, en todos aquellos que reconocen la Autoridad del Romano Pontífice, siguen su Magisterio y transmiten sus enseñanzas, encontramos al mismo Cristo, Buen Pastor, que guía a sus ovejas a los pastos del cielo.

El Magisterio es toda la enseñanza de la Iglesia; con ello la Iglesia conserva y transmite a través de los siglos, el depósito de la fe, es decir, el contenido de la Revelación. Todo el pueblo de Dios está llamado a conocer, custodiar y propagar el depósito de la fe, siendo tarea de toda la Iglesia proclamar el Evangelio de salvación a todos. En esta sección, documentos del Magisterio papal que inspiran y guían el trabajo del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

El cristiano sabe que puede encontrar en la doctrina social de la Iglesia los principios de reflexión, los criterios de juicio y las directrices de acción como base para promover un humanismo integral y solidario.

Somos llamados a ser la piedra fundacional para el progreso de las vidas de aquellos que nos rodean. San Juan nos dice en el Apocalipsis 2,17:

“

que cada uno de nosotros recibirá un nuevo nombre cuando llegemos al cielo”.

Hagamos todo lo posible para prepararnos a nosotros mismo, aquí en la tierra, para recibir alegremente aquel nuevo nombre misterioso.

A pesar de los contratiempos y de los azotes del mal hacia la humanidad, tenemos la promesa de Cristo: el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. No pueden vencer ni en mi vida ni en la Iglesia, si realmente caminamos según la voluntad de Dios.

Esto no es ajeno a nuestra fe, o al menos no debería serlo. Y hay que ser conscientes que siempre ha habido, los hay y los seguirá habiendo, quienes se consideran más papistas que el Papa. A ellos, a los más papistas que el Papa, a ellos Dios nunca les dio las llaves, Dios nunca les prometió nada y no son garantes de nada. Quizá ya se han encontrado con alguien que ataca directa y llanamente al Papa porque, según su opinión, el Papa está equivocado.

Los hay incluso que van más allá diciendo que el Papa actual sigue siendo Benedicto y no Francisco. Son personas que se piensan superiores al Espíritu Santo y que le quieren corregir la plana a Jesucristo: No, Jesús, las puertas de la muerte sí prevalecieron contra ella porque ahora hay un Papa que no se rige por la camisa de fuerza que yo insisto se debe usar, de un Papa que ya no vive en un palacio, que no usa zapatos rojos, pero es rojillo.

Son el tipo de personas que se quedaron atrapadas y se niegan en caminar al paso de la Iglesia y que interpretan con mirada miope la realidad eclesial actual. La promesa de Cristo se hace presente día a día, y las puertas del infierno no prevalecerán porque esa es Su promesa, no la nuestra.

En última instancia, en la identidad del cristiano estas palabras del Papa Francisco: “Siempre hay posibilidad de cambio, estamos a tiempo de reaccionar y transformar, modificar y cambiar, convertir lo que nos está destruyendo como pueblo, lo que nos está degradando como humanidad”, por eso que hermosos son los pies del mensajero.

Qué hermosos son los pies

*“¡Qué hermosos son los pies
del que anuncia la paz a sus hermanos!
¡Y qué hermosas las manos
maduras en el surco y en la mies!*

*Grita llena de gozo,
pregonero, que traes noticias buenas:
se rompen las cadenas,
y el sol de Cristo brilla esplendoroso.*

*Grita sin miedo, grita,
y denuncia a mi pueblo sus pecados;
vivimos engañados,
pues la belleza humana se marchita.*

*Toda yerba es fugaz,
la flor del campo pierde sus colores;
levanta sin temores,
pregonero, tu voz dulce y tenaz.*

*Si dejas los pedazos
de tu alma enamorada en el sendero,
¡qué dulces, mensajero,
qué hermosos, que divinos son tus pasos!”*

Amén.

